Para compartir en el Homenaje a Jairo

Lamento no poder estar con ustedes en este momento. Debo cumplir con deberes laborales en una institución educativa. De todos modos comparto con ustedes estas palabras como homenaje a quien fue mi profesor y quien me recibió en el Instituto en la inducción y con quien recibí "Introducción a la filosofía".

Para quienes hemos sido cercanos al Instituto de Filosofía, el profesor Jairo Alarcón Artega es un emblema del mismo. No solo por ser de los iniciadores de la institución como tal. Es inolvidable como gran conocedor de Spinoza (entre otras áreas de la filosofía) y por su aprecio por la cultura, muy por encima del ámbito restringido en el cual a veces se estanca la filosofía académica. Resaltaba en él su disfrute del tango, su amor por la literatura (las múltiples conferencias dictadas sobre temas literarios son elocuente ejemplo de ello) y constituyen un complemento y un enriquecimiento a la práctica del trabajo académico sobre filosofía. Es de resaltar su amor y cuidado de su hija Manuela, del cual todos fuimos testigos en diversas circunstancias de la vida. Sus consejos para estudiantes serán de larga recordación como el siguiente: "No adquiera un seguro de vida, no la dan a uno nada al fin de cuentas".

Fuimos compañeros de oficina durante ocho años y medio. La cantidad de vivencias compartidas en la oficina exigiría muchas páginas narrativas. Tantos textos que pasaron de unas manos a otras, el uso que me permitió de sus libros (sus biografías de Spinoza y estudios en torno a la obra del autor, las consultas del Diccionario de Ferrater Mora, los estudios del pensamiento griego, etc.), sus lecturas de mis textos, las conferencias compartidas, y la cantidad de conversaciones que surgieron en ese espacio pasan todo ante mí como cosas bonitas de la vida en su trasegar y su regalo. Y así hubiera otras oficinas y otros interlocutores y parezca nimia mi anotación, precisamente se le puede aplicar a estas vivencias el aforismo del Zaratustra “Las cosas verdaderamente grandes no hacen ruido”. Y hacen parte de la Historia del Instituto de Filosofía. Cuántas veces en Jairo intervino en un diálogo con estudiantes para aclarar algo, para precisarlo, para complementar y compartir. De ese tipo de acciones es que se han nutrido los estudiantes que aprenden allí, así se ampliaron asesorías dadas a estudiantes, se orientaron monografías, se dirigieron cursos particulares. Y eso es invaluable, afirma la vida y da vitalidad a la academia. El Instituto ha perdido algo irrecuperable con la partida de Jairo.

Nicolás Naranjo